

Extraordinario de Semana Santa.

# EL CASTELLANO

12 Abril.

Año 1911.



*Ecce Homo. (Famoso cuadro de Guido Reni).*

IMPRESA Y LIBRERÍA DE VIUDA É HIJOS DE J. PELÁEZ  
COMERCIO, 55, Y LUCIO, 8

# EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

## La eterna cuestión.

**M**UCHAS obras buenas he realizado en obsequio vuestro, decía en ocasión solemne á los judíos el Hijo de Dios, ¿por cuál de ellas queréis apedrearme? >

¿Es por haber roto las cadenas de la esclavitud en que gemian vuestros padres antes de que se hubiera oído la voz de mis predicadores, llamando á todos los hijos de Adán á gustar las delicias de la santa libertad, nacida al pie de la Cruz y fertilizada con la sangre del Redentor y de sus mártires?

¿O es quizá, porque mis entrañas materiales no han podido permitir que vuestros ancianos padres, que vuestras madres sexagenarias perecieran de inanición y de hambre, cuando sus hijos no podían ó no querían atender á sus necesidades seniles y yo les he recogido en mis asilos, que son verdaderos palacios, proporcionándoles cuan-



La oración del Huerto.

Eso mismo pregunta hoy la Iglesia, continuación de Jesús en la tierra, á todos sus enemigos, sintetizados en la revolución, cuya alma es el judaísmo que la mueve por el intermedio de las sociedades secretas y principalmente de la masonería.

¿Por cuál de tantos beneficios como de mí habéis recibido queréis apedrearme, pueblos de Europa? ¿Es por haberos sacado de las tinieblas de la ignorancia en que vegetaban vuestros antepasados, y haberos conducido á la espléndida luz de la civilización de que tanto os envaneceís?

¿Queréis apedrearme por haber cuidado de vuestros leprosos, á quienes vosotros abandonáis á los rigores de su desgracia por miedo al contagio; por haber levantado asilos donde encuentran alivio todas las miserias humanas de alma y cuerpo; por haber recogido como madre cariñosa á vuestros huérfanos, á vuestros hijos abandonados en medio del arroyo, dándoles alimento, vestido, instrucción y educación, mediante las cuales puedan ser ciudadanos útiles, hombres de bien y modelos de honradez?

to les es necesario y aun útil en los últimos años de su existencia?

¿Es éste el motivo porque me aborrecéis, pueblos de Europa? ¿Es esa la razón de la sinrazón de vuestro odio y de vuestras pedreas continuas, ya que no pasa un día sin que levantéis airados contra mi vuestra mano, pidiendo á gritos mi desaparición y lanzando contra mí las piedras de vuestra ira?

¿O es que vosotros, amigos, según decís, de la cultura intelectual, no podéis ver con paciencia que yo abra en todas partes

centros de enseñanza para instruir gratuitamente á los hijos y las hijas del pueblo, haciendo de ellos personas bien educadas y cultas que lleven al hogar doméstico la alegría de la inocencia y el placer que produce la sabiduría?

¿Por cuál, decidme, pueblos de Europa, por cuál de tantas buenas obras como vengo practicando desde que nací, y todas en obsequio vuestro, por cuál de ellas queréis apedrearme? ¿por cuál de ellas me apedreáis? ¿por cuál me aborrecéis? ¿por cuál me perseguís? ¿por cuál me insultáis? ¿por cuál me blasfemáis? ¿por cuál, por cuál de ellas me martirizáis y me azotáis durante todo el día, y no me dejáis vivir en paz, y no parece que tengáis otro pensamiento que odiarme, insultarme, perseguirme y acorralarme, como si se tratara de vuestro mayor enemigo?

Y los pueblos de la Europa moderna, aleccionados por los judíos, educados en la escuela judía, reproducen por la boca de sus gobernantes y por la pluma de sus periodistas, la respuesta que dieron los judíos á Jesucristo: «No te apedreamos por tus buenas obras, sino por tus blasfemias».

¿Y cuáles son las blasfemias de la Iglesia, según estos novísimos teólogos? ¡Ah! bien patentes están, tanto como las de Jesús cuando se llamaba Hijo de Dios. ¿No es una blasfemia horrible contra el Estado el que la Iglesia no solamente quiera igualarle, sino también superarle?

¿No es un dogma de primer orden para estas gentes la *supremacía civil*, la supremacía del Estado? ¿Y cómo no han de ser blasfemias las pretensiones de la Iglesia contenidas en las proposiciones del *Syllabus* desde la 19 hasta la 55, puesto que todas ellas niegan esa tan cacareada supremacía civil?

No, no desmienten la raza los nuevos perseguidores; bien se conoce que han heredado de sus padres el odio y la saña contra el Justo; más aún, los procedimientos y raterías empleados por aquéllos, *ut caperent eum in sermone*, para sorprenderle en alguna comprometida declaración que les diera algún pretexto para perderle.

Jesús demostraba con el testimonio de sus obras, con el de Moisés y los Profetas, que Él era el Hijo de Dios; y porque se llamaba lo que era, le acusaban de blasfemo. La Iglesia demuestra igualmente con sus obras santísimas y con el testimonio de veinte siglos, que ella es la obra de Dios; pero la obra de Dios ha de consistir en deshacer las obras del diablo, y porque la Iglesia deshace las obras del diablo, ejecutando la obra de Dios, la acusan de blasfema, no contra Dios á quien sirve, sino contra E. G. A. del U. á quien combate.

¿Comprendéis, católicos, el motivo de la continua, taimada y rastrera persecución actual contra la Iglesia en España y fuera de España? Es el mismo motivo, es la mis-

ma causa de la persecución de los judíos contra Jesús. Es la eterna cuestión. El principio del mal no puede sufrir el triunfo del bien y le pone cuantos obstáculos están á su alcance. La mentira no es posible que haga paces con la verdad; y el padre de la mentira que dirigía á los judíos, á quienes dijo en otra ocasión nuestro divino Maestro: «Vosotros tenéis al diablo por padre», es el mismo que dirige en sus luchas contra la Iglesia á los imitadores y casi, casi sucesores de los judíos, los actuales perseguidores.

Por blasfemo condenaron los judíos al Hijo de Dios; por blasfema condenan también hoy á la amante esposa del Verbo humanado. La blasfemia de Jesús consistía en declararse lo que era y obrar como quien era; la de la Iglesia consiste en afirmar lo que es y obrar como quien es.

Pero no fué sola la acusación de blasfemia la que sus enemigos lanzaron contra Jesús, le acusaron también de meterse en política, de no reconocer los derechos del César, de perturbar al pueblo con sus predicaciones y doctrinas, lo mismo que hacen hoy con la Iglesia sus perseguidores. Y efectivamente, el Salvador mandaba dar al César lo suyo, cuidando de agregar que se diera á Dios lo que le pertenece; esa es también la doctrina de la Iglesia y así lo encarga constantemente á sus hijos.

Sólo que los judíos pretendían hacer del César un dios, lo mismo que pretenden hoy los perseguidores de la Iglesia, que quieren hacer un dios del Estado, al cual declaran fuente única de todo derecho (prop. 39 del *Syllabus*). A los judíos, que á voz en cuello gritaron en las calles de Jerusalén: «No tenemos más rey que el César», les ocurrió lo que á las ranas cuando pidieron rey á Júpiter; en castigo de su obstinación servirán al César hasta el fin de los siglos, según les decía un escritor del siglo IV, vagando por el mundo y sirviendo á todos los Césares, sin lograr jamás una patria, ni una nacionalidad, ni un templo, ni un rey de su propia raza.

A los pueblos modernos, que proclaman al Dios-Estado, también este nuevo dios se va encargando de ajustarles las cuentas, sometiéndoles á durísima esclavitud y privándoles de lo necesario para la vida, que necesitan buscar en otras partes de la tierra por medio de la expatriación.

¿Aprenderán los pueblos? ¿Aprenderán los Gobiernos? Muy de temer es que no aprendan ni escarmienten en cabeza ajena; porque ha caído sobre la tierra una ceguera intelectual que no permite distinguir lo verdadero de lo falso, habiendo llegado el caso de exclamar con el Profeta: «¡Ay de los que llamáis bien al mal y mal al bien, que ponéis tinieblas donde hay luz y luz donde hay tinieblas!»

Ramiro Fernández.

## Flagelación.

Sobre toda belleza y hermosura,  
eres, Cristo Jesús, hermoso y bello;  
de la suma verdad eres destello  
y espejo en que la eterna luz fulgura.

Oro de Tíbar es tu cabellera,  
tus ojos cual bandada de palomas  
cuando al río descendes de las lomas,  
y tu tallo cual tallo de palmera.

Cual clavel y coral en sangre tintos  
son tus labios; florecen bellas rosas  
en tus blancas mejillas candorosas  
y en tus manos florecen los jacintos.

Diste á los patriarcas sus visiones  
é inspiración divina á los profetas,  
estro sacro á sibilas y poetas  
y á oradores profundas concepciones.

Al mar y al viento imperas soberano,  
sobre las crepúsculas te paseas,  
y cruzas la ciudad, campos y aldeas  
llamando padre á Dios y al hombre hermano.

Confusos ante tí van y vencidos  
el infierno, la muerte y los pecados,  
los vueltos á la vida y los sanados  
te cantan el Hosanna, agradecidos.

Mas tanta majestad, tanta belleza  
rodando van de pronto por los suelos  
y la tierra conspira con los cielos  
para hundirte en abismos de baja.

La espalda el Padre vuélvete severo,  
los hombres tus hermanos te maniatan  
y del Pretorio á la Columna te atan  
que es de esclavos y bestias atadero.

Y te arrancan la túnica y el manto  
seis sayones con furia de chacales  
y con varas, cadenas y ramales  
despedazan tu cuerpo sacrosanto.

Volvió su espalda á Dios y de sus brazos  
Adán se desligó y confuso y mudo  
corrió á esconderse viéndose desnudo  
y el traje de inocencia hecho pedazos.

Lejos de Dios buscando complacencia,  
sintió su mente y corazón heridos  
de ignorancia y malicia, y sus sentidos  
de flaqueza y cruel concupiscencia.

Y se mostró escondiéndose, ignorante,  
y malicioso, á la mujer culpando,  
débil, «temi, Señor, tu voz», clamando,  
sensual, desnudo al verse y vergonzante.

Mas Tú, Cristo piadoso, las miserias  
de Adán reparas y el divino ultraje  
atado á la Columna sin ropaje,  
azotado y cubierto de lacerias.

Hijo único del Padre, cuyo trono  
compartes, hoy te estás vuelto de espaldas,  
y abandonado de Él, la cuenta saldas  
de mi mortal olvido y abandono.

Sabiduría eterna, mi estulticia  
corrijes cabizbajo como idiota;  
bondad suma, aguantando á quien te azota  
como á malvado, curas mi malicia.

Tú reparas mis graves cobardías,  
brazo de Dios, á la columna atado;

Tú desnudo y confuso, mi pecado sensual, espejo de pureza, expías.

¡Oh! delante de Ti, ante esa Columna ves desfilar las razas y naciones, de crímenes cargadas y pasiones, descargando su látigo una á una.

«Ya estoy á los azotes preparado» dices, manso Jesús, con voz amarga; descarga, impío; incrédulo, descarga, y tú, blasfemo, y tú, hombre malvado.

Por tí, mujer liviana, que el despojo no sientes del pudor; por tí, hombre impuro, sufro la desnudez y oprobio duro y mi cara se cubre de sonrojo.

El brazo del sayón cede cansado, y aunque El Cristo no muere en tal tormento, al pie de la Columna, sin aliento cae en charco de sangre desmayado.

S. Liso y Estrada.

Carranque 1911.



## En casa de Caifás.

DESDE el monte de las Olivas, el Redentor del mundo, maniatado y preso (1), fué conducido á casa de Anás.

Aunque este viejo judío había perdido ya su autoridad visible, ejercía gran influencia en el Sane-

creerán en Él y vendrán los romanos y arruinarán nuestra ciudad y nuestro pueblo. Caifás, Sumo Sacerdote, les contesta: Os conviene que *muerá un hombre* por el pueblo y que la nación no perezca (1).

Con este designio se juntaron; con el designio de entregar á Jesús á la muerte, valiéndose de los falsos testimonios de falsos testigos buscados al efecto. Pues bien, desde el momento en que los encargados del gobierno del pueblo, por el peligro de perder sus privilegios y sus efímeras grandezas; desde que los Sacerdotes del Dios vivo, ministros de la religión, cegados por la envidia y el odio que tenían á Jesús, que desenmascarándoles, les quitaba sus prestigios ante el pueblo; desde que los encargados de velar por la Religión, de defender la verdad, de sostener la causa de la justicia, inspirándose en intereses transitorios, abandonan estos imperio-



La primera caída. (De Tiziano).

¡Oh ángeles de Dios! echad, piadosos como Sem y Jafet, manto de flores sobre ese Padre y Rey, que, ebrio de amores, es burla de los hijos licenciosos.

Mas no; dejadle ahí, llena su cara de confusión y el cuerpo hecho jirones, tejiendo en su vergüenza y verdugones el manto de que Adán se despojara.

¡Oh! las varas de espinas, las cadenas, las riendas caen sobre Él cinco mil veces; no derrama ni lágrimas ni preces y ya la sangre brota de sus venas.

Y los muros salpica y salta al techo del sayón á los fieros ramalazos y la carne desgárrase á pedazos en su espalda bendita y en su pecho.

drin, como suegro del Sumo Pontifice; pero desde allí fué pronto conducido á la de Caifás, donde se hallaba el Concilio de Sacerdotes, Escribas y ancianos (2), asamblea de malvados reunidos para condenar al Salvador de los hombres.

El fin que se proponían no era la defensa de la verdad y la justicia, no era el interés de la Religión el que les movía á perseguir á Jesucristo. Su designio estaba conocido desde que se verificó la resurrección de Lázaro en Betania; que de tal modo alarmó á aquellos exaltados materialistas, que llenos de sobresalto y miedo, exclamaron: «¿Qué providencia tomamos con este hombre que tantos y tan sorprendentes milagros hace? Si lo dejamos, todos

(1) San Juan cap. 18, v. 12.

(2) La palabra *Synedrion* significa asamblea de gente sentada, ó asamblea en sesión. Se componía de 71 individuos divididos en tres Cámaras: de los Sacerdotes, de los Escribas ó Doctores y de los ancianos ó notables.

so deberes, no hay que esperar otra finalidad en sus deliberaciones que la que Caifás había propuesto, la persecución y muerte del Justo.

Este acontecimiento estaba ya de antemano vaticinado por los profetas. David predijo (2) que le sitiaria concilio de malignos, y Sofonías (3) que, «los Príncipes de Jerusalén, como leones rugientes, y sus Jueces como lobos nocturnos, y sus Profetas, hombres locos y sin fe, y sus Sacerdotes profanadores del santuario, obrarían injustamente contra la ley». Y se cumplieron estos vaticinios. Jesús, de pie en medio de la sala del juicio, tranquilo, como está siempre la conciencia del justo; inclinada la cabeza al peso de tanto divino pensamiento; cerrados los labios elocuentísimos, tantas veces abiertos al perdón y á la misericordia; recogida su mirada para no

(1) San Juan, cap. XI, vs. 47, 48 y 50.

(2) Salmic 21, v. 17.

(3) Cap. 3.º, v. 3.º.



estorbar la labor misteriosa de sus facultades en internas meditaciones; ceñida frente con la mística é invisible aureola de sus ideas trascendentales y purísimas, Jesús es preguntado por el Pontífice acerca de sus doctrinas.

Después de todo, aunque Caifás había subido por medios reprochables al Pontificado de Aaron, era el sumo sacerdote de Jehova, el único que entraba todos los años una vez en el *Sancta sanctorum*, y el que representaba con su sagrada persona toda la autoridad que expresamente se consigna en el antiguo testamento, y como preguntaba con autoridad (1), Jesús le respondió: «Yo he hablado siempre en público, yo he enseñado en la Sinagoga y en el Templo á donde todos los judíos concurren, yo jamás he predicado en secreto», ¿por qué me preguntas? pregunta á los que me han oído y ellos te dirán lo que he dicho» (2).

Entonces un criado del Pontífice, aquel mismo Malco cuya oreja cortada por San Pedro había Jesús curado milagrosamente en el Huerto de las Olivas, se adelanta hasta Jesús, y tan cruel verdugo como adulador vil y bajo, en frase del abad Ruperto (3), hiere violentamente el sagrado rostro de Jesús. El Tribunal, en vez de mirar esta brutal acción como una ofensa hecha al Concilio, la celebra y aplaude, y animado con la aprobación del insolente criado, á la brutalidad de la acción añade el insulto, diciendo: ¿Así es como te atreves á responder al Pontífice supremo? (4).

Los falsos testigos convocados para acusar á Jesús no *concertaban en el testimonio* (5), es decir, no eran bastantes para hacerle reo de muerte, y levantándose en medio el Sumo Sacerdote, le preguntó diciendo: ¿Eres tú el Cristo, el Hijo de Dios bendito? «Yo soy», respondió Jesús, y veréis al Hijo del Hombre sentado á la diestra del poder de Dios y venir con las nubes del Cielo (6).

Tal respuesta es calificada de blasfemia. El Pontífice se escandaliza y rasga sus vestiduras, y todos ellos le condenaron como reo de muerte. Los siglos transcurridos desde que se verificó este hecho y todos los que se vayan sucediendo, no bastarán para apreciar debidamente la execrable malicia de aquellos inicuos jueces que habían sentenciado á Jesús á muerte antes de prenderle. Pero el pretexto de que se valen es tan opuesto á la verdad, se halla tan lejos de la verosimilitud, que á no ser por una incalificable ceguera, nadie creería que podía ser entre ellos la manifestación explícita del Salvador causa ni ocasión de delito. El pueblo judío vivía de muchos siglos antes, alentado en sus infortunios con esperanza del advenimiento del Mesías prometido y repetidamente anunciado por los Profetas. Creía con fe firme que, á la sazón esclavo, sería su libertador, y que no arrojaría sus cadenas hasta el día dichoso de su venida. Los mismos jueces que le perseguían confiaban en la fuerza de su brazo para acabar con todos sus enemigos, y se congratulaban pensando que pronto pasearían triunfantes sus banderas por toda la redondez de la tierra al amparo de su poder sobrehumano.

Y llega el venturoso día en que el libertador aparece: muestra su poder sobre la naturaleza, imperando á los vientos enfurecidos, á las encrespadas olas de los mares, á las potestades invisibles; cura con la virtud de la palabra toda clase de enfermedades y vuelve, cuando le place, la vida á los muertos. La fama de sus portentos se extiende, le siguen las muchedumbres aclamándole Mesías y Él mismo, en presencia del Tribunal más augusto del pueblo, afirma, fundado en la doctrina predicada y en los milagros hechos, que es el enviado de Dios ó el Mesías

prometido. Y entonces, en vez de bañir palmas por tan fausto acontecimiento, lejos de alegrarse por la realización de sus esperanzas, se vuelven contra el enviado de Dios, le acusan de blasfemo y le condenan á muerte.

Dos causas principales suelen aducirse para explicar la conducta de los magistrados del pueblo judío en la causa seguida á Jesús Nazareno. Fué la primera, que apegados á las cosas de la tierra, pensaron que el Mesías, con la sabiduría de Salomón en su mente, y con la sangre de David en sus venas, restituiría su trono, levantando el cetro del polvo de la tierra. Y nuestro Señor declaró que venía á restablecer el reinado de la justicia, á enseñar la verdad oscurecida con sus tradiciones, á ensalzar á los humildes y á mostrar á todos los hombres los senderos de la virtud que es preciso recorrer para llegar al reino sempiterno de la gloria. Fué la segunda, las duras invectivas con que ponía de manifiesto su soberbia buscando siempre el primer lugar en los festines y el primer asiento en las sinagogas y su hipocresía, pareciéndose á sepulcros blanqueados, limpios por fuera y por dentro llenos de podedumbres, y al escuchar estas reconvenciones, en vez de la avasalladora dulzura con que trataba á los sencillos hijos del pueblo, le tomaron odio y concibieron el propósito de perderle. Si no fué que el creciente entusiasmo con que le seguían y aclamaban las multitudes, les hizo temer una sublevación popular que pusiese en peligro sus privilegios y diera ocasión al César romano á concitar contra ellos su ira impetuosa y mandar sus guerreros que atajasen á filo de espada sus tendencias revolucionarias.

Por estas causas, por la humildad de Jesús que contrastaba con su soberbia, por su pobreza que contrastaba con su opulencia, por su sencillez que contrastaba con especulaciones oscuras, y sobre todo, por las acres censuras con que afeaba su conducta tan hipócrita como inmoral y perversa, como leones rugientes, como lobos nocturnos, en frase de Sofonías, se decidieron á velar la santa imagen de la justicia, á conculcar el derecho, á prescindir de aquella Ley con tanto empeño guardada por aquel tribunal durante muchas generaciones, apagando con su inicuo proceder la luz celeste con que siglos y siglos venía alumbrando la conciencia del pueblo israelita.

Obró injustamente el Tribunal á sabiendas, porque como había dicho el Profeta David, era un concilio de malvados (1). Sin hablar del cruel Anás y sus cinco hijos maldecidos por el Talmud, por sus silbidos de víboras; ni de Caifás, que según San Jerónimo, refiriéndose al Historiador judío Flavio Josefo, había subido al supremo pontificado comprando la dignidad á peso de oro, componían el Sanedrín que condenó á Jesús, Joazar y Ebazar, hijos de Simón, condenados por el Talmud, que dice: ¡qué plaga la familia de Simón Boeto! ¡mal hayan sus lanzas! Aludiendo quizá á la protección y sumo sacerdocio dado al primero por Herodes, para que autorizara el matrimonio con su hija Mariamne. Simón Canteras y su familia, anatematizados por sus plumas; el afeminado Ismael, sumo Sacerdote bajo el Procurador Valerio, antecesor de Poncio Pilatos y del que el Talmud escribe: ¡qué plaga la familia de Ismael-ben-Phabi! ¡mal hayan sus puños! refiriéndose, tal vez, á Simón-ben-Canista, célebre por el grandor de su mano; el opulento Alejandro; el glotón Ananías; Helkías el tesorero; Sceva el mago; Gamaliel conocido escriba; Simeón el turbulento; Samuel el intolerante; Rabi-Zadoc el hipócrita; Jochanan el decrepito, que vivió 120 años; Abba Saul

el gigante y otros á este tenor condenados por su orgullo, y gran número de ancianos acaudalados y linajudos, entre los que figuraban José de Arimatea y Nicodemo, alabados por el Evangelio. En una palabra, con muy pocas excepciones, se componía el Sanedrín de Sacerdotes degenerados, de saduceos corrompidos, de escribas infatuados, de groseros materialistas consagrados á disfrutar, sin preocuparse de la religión, de los placeres de la vida. Y este concilio de malignos y falsos testigos pagados por sus falsos testimonios, y luego turbas inconscientes del pueblo hábilmente manejadas por aquellos execrables farsantes, fueron los que tomaron parte en el proceso contra Jesús, y los que le condenaron á muerte.

Pero se equivocaron, entonces, los que presumieron que desapareciendo el Maestro desaparecería también la multitud de discípulos en cuyas almas había sembrado la semilla de su doctrina redentora. Se equivocaron pensando que se mata una idea salvadora, matando al Apóstol que la predica. Se equivocaron los que prefirieron apagar la sed de un día en las cisternas cenagosas de la vida presente, á saciar, sin hastío, la sed eterna de dicha perpetua, en la fuente nunca extinta de la vida futura que brota á raudales de la contemplación de la divina esencia. Como se equivocan, ahora, los que entienden que persiguiendo á sus discípulos caerán, hechos astillas, los altares en que, con culto sempiterno, se adora al Maestro. Los que aseguran que incendiando los templos materiales, se convertirán en ceniza los altares invisibles que tiene levantados en el vasto templo de la humana conciencia.

No; el Evangelio es la palabra de Dios-Hombre que no pasa. La Iglesia, guardadora é intérprete de esta divina palabra, es obra de Dios, indefectible, según su promesa. Veinte siglos de vida y de continuos triunfos, son garantía más que suficiente de su existencia perdurable. Contra ella es nada y nada puede la vasta conjuración de todos los poderes infernales. Se alza y se alzaré siempre luciente y majestuosa, sin que la hieran los dardos de sus enemigos, sin que la alcance siquiera la asquerosa baba con que pretenden mancharla los que desconocen su fuerza y su magnificencia, y los que conociéndolas, pero sin alientos para luchar por ella, han apostatado de la fe, borrando sus nombres del universal concilio de los buenos creyentes.



### A Nuestro Señor con la Cruz á cuestas.

Cansado va el buen Jesús,  
su cuerpo va ensangrentado,  
y su amor más encendido,  
cuando Él más debilitado.

La Cruz de nuestras ofensas  
en sus hombros ha cargado,  
pregonan que es malhechor  
y á todos ha remediado.

¡Oh, qué bien que pastorea  
el buen pastor su ganado  
llevando sobre sus hombros  
un tan modesto cayado!

¡Oh, que cae, la Cruz á cuestas,  
oh, que queda arrodillado  
pidiendo á Dios de rodillas  
remedio de mi pecado!

El imperio y mundo lleva  
sobre sus hombros cargado,  
por descargo de nosotros  
la subjección del pecado.

Coronas de espinas duras  
Él para sí se ha tomado,  
que lleva las blandas rosas  
con que nos ha coronado.

Del Cancionero de Úbeda.

(1) Estaba mandado en el Levítico, cap. V, v. 1.<sup>o</sup>.

(2) *In occulto locutus sum nihil.*

(3) *Fortis percussor et malus adulator.*

(4) Algunos expositores opinan que esto sucedió en casa de Anás.

(5) San Marcos XIV, v. 59.

(6) San Marcos XIV, v. 62.

(1) Los hermanos Lemann, judíos convertidos al Catolicismo para llevar la luz á sus antiguos correligionarios, tienen escrita una obra interesante que se intitula «El Sanedrín con el pueblo judío ante Pilatos». La primera parte sobre el proceso de Jesús, se intitula: «Valor de la Asamblea que dictó la pena de muerte contra Jesús».

## Destrucción de Jerusalén.

*Et ut appropinquavit, videns civitatem, flevit super illam.*

S. LUC., CAP. XIX, VER. 41.

**E**RA el año 71 de la Redención y el segundo que imperaba en Roma Vespasiano, cuando Jerusalén, la ciudad de David, se agitaba poseída del más terrible frenesí, presintiendo su cercana muerte y total ruina. Tito, hijo del Em-

pagueaba la luz del sol como en montaña de nieve embestida por la claridad del astro del día.

Multitud de guerreros coronan las murallas y fortalezas. Por la parte oriental de la ciudad, donde se halla el valle Cedrón, levantan los romanos sus torres y sostienen sus primeros combates contra los judíos. Muchas veces salen éstos para interrumpir los trabajos enemigos, y arrojándose con el mayor impetu, llegan hasta las legiones, se baten cuerpo á cuerpo, cubren el suelo

gas. Deseosos los sitiadores de adelantar en el ataque, se corren hacia la parte del septentrión, allí destruyen tres grandes parapetos y logran, al fin, romper el primer muro y rechazar á cuantos lo defendían.

Innumerables son los encuentros, sorpresas y acometidas; y la noche, que solía poner término á la lucha, les daba más bríos para el combate del día siguiente. El segundo muro es dos veces ganado por los romanos, porque la primera no pudieron sostener el impetu del enemigo,



Entierro de Jesús. (De Ciseri).

perador romano, es el designado por Dios para instrumento de su justicia. Puesto al frente de las legiones y de numerosas fuerzas auxiliares de los países conquistados, se adelanta y pone sitio á Jerusalén, después de haber devastado sus cercanías y avenidas. Hallábase ésta defendida por tres muros en unos sitios, en otros por uno y por hondísimos valles, fuertes y guarnecidos torreones, cuya caprichosa arquitectura no tenía igual en el mundo. Descollaba entre sus soberbios edificios el templo santo, lleno de riqueza y magnificencia, maravilla del mundo, gloria de la hija de Sión, expresión de la fe de Israel, ostentando sobre su cubierta planchas de oro y plata, en cuya brillante superficie relam-

de cadáveres y hasta ponen en peligro la vida del mismo Tito; no obstante, tienen que ceder ante la disciplina y pericia de los contrarios, y encerrados en la ciudad, hacen una desesperada resistencia, arrojando piedras enormes con sus máquinas y disparando nublados de flechas con sus ballestas. En su terrible enojo recurren al engaño para herir con más certeza; fingien capitular varias veces, y al acercarse el enemigo, le reciben con los proyectiles de sus armas, causándoles una gran mortandad. A su vez el romano contesta á tanta osadía; con sus arietes bate las murallas por tres sitios diferentes; hostiliza con los ingenios á cuantos descubre y los ballesteros esparcen sin cesar la muerte en las filas enem-

que por la estrechura de las calles hacia más viva la resistencia, corriendo confundida la sangre de unos y otros que, espada en mano, se acometían ciegos de ira y desesperación.

Reducidos los judíos á una situación extrema, desprecian soberbios las propuestas de paz, y en su pertinacia minan por bajo el campamento romano, consiguiendo hundir las principales obras, á cuyo estrépito y levantando grande algazara acometen á las avanzadas enemigas, consiguen perturbar el campo y destruir sus trincheras y, confundidas ambas partes, se hieren sin conocerse y difícilmente llegan á reponerse las legiones de tan rudo golpe.

La ciudad vióse al fin circunvalada por el

muro que, para rendirla por hambre y economizar la sangre de los suyos, hizo levantar el romano, y sus inmediaciones presenciaron el sacrificio de miles de prisioneros, aumentando con ésto el furor de los judíos. Pero aún faltaban, para colmo de tanto mal, las escenas horrorosas que sucedieron viniendo á hacerse tan cruel la agonía de aquel pueblo: como la fiera que acosada por el cazador suele volverse contra sus cachorros y, después de despedazarlos, se da así propia la muerte, así los judíos, divididos en diversos bandos, se hacen una cruda guerra, roban los tesoros del templo, abrasan los edificios, matan al Pontífice Ananías y á los primeros personajes y mueren, por último, presa del hambre y de la peste. Montones de cadáveres impiden el paso á los pocos que discurren por calles y plazas; unos á otros se arrebatan el sustento por el asesinato y la violencia, hasta el punto de verse á una madre que sacrifica á su hijo y se alimenta tranquila con sus carnes.

Por fin se aproximan los soldados de Tito, derriban y escalan las murallas, ponen fuego al Templo y tremolan en lo más alto las águilas del Capitolio. Y el polvo de las ruinas, y el humo de los incendios, y los alaridos de las víctimas, se elevan hasta los cielos como en desagravio del Dios del Sinaí. Grande fué el empeño puesto por Tito en salvar el Templo de Salomón, según hace notar Bossuet en su «Discurso sobre la Historia Universal»; pero á pesar de sus prohibiciones publicadas ante los romanos y ante los judíos, y á pesar de la natural inclinación de los soldados, llevados antes á saquear que á destruir por las llamas tantas riquezas, un soldado, movido—dice Flavio Josefo—*por inspiración divina*, logra con auxilio de sus compañeros encaramarse á un ventanal y desde allí pone fuego al augustísimo Templo. Todo perece á un tiempo siendo presa de las llamas y del hierro enemigo. Los últimos defensores quedan sepultados bajo los escombros de la ciudad y pasados á cuchillo los que aún vivían, de los Sacerdotes y de los ancianos.

Así acabó la que en los antiguos días se llamaba la señora de las naciones; la que se levantaba erguida como los cedros de Libano y hermosa como las palmeras del desierto; la que se adornaba con los tesoros del Oriente y hendía los aires con los cánticos de su alegría. ¡Desventurado pueblo! Años atrás fulminaste tu misma condenación. Tú dijiste que la sangre del Justo cayese sobre tí y sobre tus hijos; fuiste el verdugo de tu Dios; desafiaste á los cielos y tierra; qué mucho que ahora exhales el postrer gemido agobiado bajo el peso de tu iniquidad. Tus crímenes y tu deicidio fueron y continúan siendo justamente castigados por la Providencia, que quiso ofrecer para siempre la más elocuente lección á todos los pueblos y la más

patente demostración de su divinidad á todos los hombres.

Era el día siguiente del sábado primero de aquella gran semana en la que debía morir Jesús, cuando partiendo de Bethania el Salvador, tomó el camino de Jerusalén. Y cuando hubo franqueado la cresta del monte de los Olivos, en el mismo punto donde el camino empieza á descender hacia el valle de Cedrón, vió á sus pies á Jerusalén, á cuya vista vióse poseído de una inmensa tristeza. Jesús lloró. Derramó sobre ella sus lágrimas. «¡Ah!—exclamó—¡Si al menos conocieses tú también en este día lo que te se ha dado y lo que te puede traer la paz! Mas ahora todo está oculto á tus ojos. Vendrá un tiempo desgraciado para tí, en que tus enemigos te cercarán con trincheras y te estrecharán por todas partes. Te echarán por tierra á tí y á tus hijos, que están dentro de tus muros, no dejando en tí piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo en que Dios te visitó para salvarte.» Es una de las raras circunstancias en que Jesús lloró; sus lágrimas, en medio de su triunfo pacífico, tienen una melancolía abrumadora. Aquella alegría de un día que el Padre le proporciona antes de sus luchas y de sus grandes dolores, es olvidada para no pensar más que en su pueblo, en su ciudad ingrata y culpable, y en el destino espantoso que ella misma se prepara. La indecible angustia de Jesús no obedece á su propia suerte: está resignado á ella; obedece á la suerte de su nación y de la ciudad que ha de pedir su muerte. Jesús lo sabe: el porvenir no tiene secretos para Él; ve á Jerusalén sitiada, asaltada, llevada á sangre y fuego, degollados sus hijos y destruidos sus palacios, sus monumentos, sus casas y hasta su propio templo.

La profecía se cumplió, y continúa realizándose en nuestros días, sin que muchos que se llaman cristianos lo comprendan.

Discutiase en las Cortes del 69 la libertad religiosa, y en la memorable sesión del 12 de Abril, el Sr. Manterola, contendiendo con el Sr. Castelar, decía, á propósito de los judíos: «Yo me atrevería á proponer al Sr. Castelar que me diera cumplidas dos condiciones, y desde luego tenía en mí un partidario acérrimo, hasta fanático, en favor de los judíos. Los judíos tienen mucho dinero y el Sr. Castelar tiene mucho talento; los judíos tienen mucha riqueza y el Sr. Castelar posee grandes y profundos conocimientos políticos aplicados á la forma del gobierno de los Estados; haga, pues, su señoría que los judíos empleen una parte insignificante de su riqueza en levantar de nuevo el templo de Jerusalén; vaya su señoría á inspirarles el pensamiento republicano, consiga que los judíos lleguen de nuevo á constituir un pueblo con su cetro, con su bandera ó con su presidente, porque me basta con que llegue á ser república, y ya desde ese momento se

ha matado la Iglesia Católica, porque se ha matado la palabra de Dios». A lo cual contestaba el Sr. Castelar en su discurso, el más elocuente de cuantos pronunciara, según sus admiradores, pero donde más errores históricos se deslizaron, á juzgar por la más sana crítica: «Señores Diputados, me decía el Sr. Manterola que renunciaba á todas sus creencias, que renunciaba á todas sus ideas, si los judíos volvían á levantar el templo de Jerusalén. Pues qué, ¿cree el Sr. Manterola en el dogma terrible de que los hijos son responsables de las culpas de sus padres? ¿Cree el Sr. Manterola que los judíos de hoy son los que mataron á Cristo?»

Dura cosa es; pero así se nos ofrece la historia de los judíos. Y si continuamos la de las predicciones del Salvador, veremos que al encaminarse al Calvario con la Cruz á cuestas, «como le siguiere muchedumbre de gentes del pueblo y mujeres que se golpeaban los pechos y se dolían de su muerte», detúvose, volvióse hacia ellas y las dijo estas palabras: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino por vosotras y por vuestros hijos, pues se acerca el día en que se dirá: ¡Felices las estériles! ¡dichosos los vientres que no concibieron y los pechos que no dieron de mamar!» ¿Qué palabras más fuertes podría emplear el Salvador para darnos á entender que todos aquellos sucesos habían de alcanzar también á los hijos del pueblo de Israel?

Aun cuando al Sr. Castelar le pareciese que «hay un Dios más grande, más grande todavía, que no es el majestuoso Dios del Sinaí, sino el humilde Dios del Calvario, clavado en una Cruz, herido, yerto, coronado de espinas, con la hiel en los labios, y sin embargo, diciendo: «¡Padre mío, perdónalos, perdona á mis verdugos!»; es lo cierto que Tito, victorioso, tras de la toma de Jerusalén, no quiso admitir las coronas que los pueblos vecinos le enviaban para honrar su triunfo, porque circunstancias tan memorables como las que había presenciado, la cólera de Dios tan manifiesta y su divina mano que se le mostraba aun como presente, le tenía sumido en estupor profundo y fuera causa de que dijera que él no era el vencedor, sino un frágil instrumento de la divina venganza.

Hilario González.

Centenario Coronel de Infantería.

### A las llagas de Cristo.

¿Qué llagas son aquéllas de las manos  
Que en vuestra desnudez fueron mí abrigo?  
¿Qué golpes son aquéllos inhumanos?  
¿Quién dió licencia en Vos á tal castigo?  
Dió licencia el amor á los humanos.

Francisco de Quevedo Villegas.



## El Jueves Santo de 1874.

## LEYENDA

**C**RAN los agitados días en que nuestra patria bamboleaba sus destinos, como nave que atraviesa rudo temporal. La revolución triunfante se enseñoreaba de España, y apenas había un rincón de ésta en que no se dejaran sentir sus efectos. Llegaba con el florido Abril esa tranquila época del año que bajo el nombre de Semana Santa parece abrir un paréntesis á nuestra constante actividad para que acudamos á los templos á meditar sobre los sacrosantos misterios que la Iglesia conmemora, y como pocas son las poblaciones españolas que igualan á la Imperial Ciudad en tranquilidad y misticismo, á ella me encaminé seguro de hallar en su recinto el ambiente necesario para la tranquilidad del espíritu.

Las solemnidades del Jueves Santo son tradicionales en Toledo: en su Catedral se exhibe el valioso *monumento* en que millares de luces acompañan la Majestad del Santísimo, al ascender por argentina escalerilla hasta las elevadas bóvedas de la nave central, y en sus templos todos, lámparas, cortinas y flores atraen la curiosidad del visitante sin distraer jamás la santidad del día y del lugar.

Fué el 2 de Abril de aquel calamitoso año, uno de esos días en que la pesadez de la atmósfera, la esplendidez del sol y el polvo que ocasiona la prolongada sequía, anuncian una prematura primavera á la que siguen, las más de las veces, tales retrocesos atmosféricos, que hacen sufrir á los campos castellanos los efectos de un nuevo invierno. Había empleado santamente la tarde en visitar diseminados templos, admirando en ellos arqueológicos recuerdos que sostenían mis nervios en tensión creciente, cuando al llegar la noche, la fatiga y el cansancio hicieron flaquear mis piernas que no en vano habían recorrido gran parte de la población subiendo cuestas y revolviendo angostas callejuelas. Estaba en la anchurosa plaza que separa la gótica Catedral del vetusto edificio de clásico renacimiento, que sirve de casa al Concejo, y que cerrada de un lado por el espacioso Palacio del Arzobispo, es uno de los sitios más pintorescos de la típica ciudad. Graníticos bancos convidaban al reposo, invitación que no dudé en aceptar, mientras el velo de la noche envolvía en sombras la plaza por la que ya nadie transitaba, y se difuminaba ante mis ojos la monumental silueta de la Iglesia Primada.

Removía mi memoria vagos recuerdos del pasado, de aquella venturosa edad en que fuimos grandes y que tan perfectamente se condensan en la antigua Corte de Carlos V, cuando apareció ante mi vista algo que impresionó mi mente como febril evocación. Era la grandiosa puerta principal de la Catedral la que, al rechinar sus goznes, abriase para dejar paso á extraño cortejo. Vago resplandor iluminaba el florido rosetón de la fachada, al filtrar su luz por la policromada vidriera, mientras en el vetusto dintel aparecían gran número de hachones que multiplicados hacia el interior delineaban arrogantes figuras de damas y caballeros vestidos á la usanza de pasadas centurias, haciendo perfectamente ostensibles las primeras, mientras se difuminaban las últimas entre los góticos pilares del fondo.

Con paso lento y acompasado salían á la plaza, tomando luego la dirección de la cuesta de la Trinidad en procesional formación, á la que servía de guía la cruz de plata de la Iglesia Mayor, buen número de frailes revestidos de sus munizas, casullas almáticas de carmesí brocado, seguitanes cantores y capellanes de las tres Capillas reales de Toledo y mozárabes de San Pedro, pajes, costilleros y maceeros, y á pocos pasos de ellos, formando compactas filas, apuestos caballeros con vistosas vestimentas de la época de Carlos V. De tan lucido grupo destacábase entre otro formado por algunas damas la

figura majestuosa de una mujer que realizaba su hermosura con rico traje de tisú de plata sobre el que caían abundantes hilos de gruesas perlas. Varios de éstos se enarzaban artísticamente entre los hermosos cabellos de color caoba de la dama, que debía de serlo muy principal, á juzgar por la pleitesía que todos la prestaban, y por el soberbio palio bajo el cual hacíanla caminar. Era llevado éste por significados magnates y constituían su rica ornamentación bordados de oro de gran relieve que dibujaban los mundos y columnas del heráldico *plus ultra*. Cerraba el cortejo numerosa soldadesca cuyos uniformes recordaban los abigarrados de los tercios flamencos ó los más sobrios de la Santa Hermandad.

Tan inesperada procesión no pudo menos de atraer mi curiosidad y decidí seguirla por la empinada cuesta á la luz de potente luna y de temblonas antorchas ya que todavía los modernos adelantos de la electricidad no habían profanado su primitivo carácter. Nadie transitaba por ella, sólo yo presenciaba tan original suceso cuya causa quise conocer acercándome, algo medroso, á uno de los pajes. No tardó éste en satisfacer por entero mi curiosidad. «Esa gran Señora que ahí véis, me dijo, es la Emperatriz Isabel la esposa amada del gran Carlos V, nuestro amo y señor, que visita, rodeada de su corte, los templos en que se expone la Majestad Suprema, testimoniando así su fe y su humildad». La blancura de su tez, sus azulados ojos, diéronme en efecto la misma impresión que el gran retrato del Ticiano, al que sirve de fondo aquel paisaje de su amado Cintra, y quedé absorto ante la veneranda imagen. Mas no tardó el amable paje en interrumpir mi meditación añadiendo nombres y más nombres de caballeros y damas: «Ese Purpurado que precede al palio, me dijo, es el Cardenal Tabera, á cuya liberalidad se debe el Hospital de Afuera; aquel joven de las calzas blancas, el Marqués de Villena, el apuesto mancebo de Bolonia; los otros que con él llevan el palio, el Duque de Alburquerque y el de Nájera y el Conde de Ureña, el *padre de los pobres*;» y al oír estos nombres recordé los de aquellos magnates que en las Cortes toledanas supieron oponerse á los subsidios que el Emperador pidiera, y no pude menos de acordarme de la distinta conducta de los próceres que hoy no saben negar su voto á leyes que merman los prestigios de la Religión y de la clase. «Aquel de la capa de raso leonado es el Condestable de Castilla, D. Iñigo Fernández de Velasco, el que en las mismas Cortes llegó en su arrogancia á dirigir al Soberano la famosa frase de: «*Aunque soy pequeño peso mucho*». El de la toca de la pluma blanca, es el Conde de Cifuentes, Mayordomo mayor de la Emperatriz, y el de la vestimenta azul, joven y bizarro, el Marqués de Lombay, su caballero mayor (por cierto que sobre su cabeza parecíame distinguir el resplandor de un Santo). Aquel otro fornido y mocetón, es el aragonés Duque de Villahermosa, por fama pendero, el que acompañó á la Señora en su viaje nupcial á España, y el que hospedó en su casa de Pedrola nada menos que al Papa Adriano VI. Y el que va á su lado, el Conde de Benavente, que ya no tiene Palacio en Toledo, por haberlo quemado él mismo después de hospedar á un traidor. El de más allá, que llama la atención por la riqueza de su ropaje bordado con oro y perlas, es el fastuoso Conde de Cabra, Duque consorte de Sessa, y yerno del Gran Capitán, el que por serlo, obtuvo el singular privilegio de conferir nobleza al que fuere su voluntad, y el que se destaca del grupo, don Gómez de Benavides, mariscal de Castilla, Señor de Fromista, Corregidor de esta Imperial Ciudad....» Y así hubiera seguido el competente *cicerone* á no haberle atajado yo para que me enterara de los nombres y calidad de las damas, entre las que hube de conocer á la Camarera mayor, cuya modestia no denotaba su linaje. Era la Marquesa de Lombay, Duquesa de Gandía, amiga desde la infancia de la gran Reina, portuguesas ambas. Otra más arrogante

que vestía de raso carmesí recamado de gruesa pedrería, era la Marquesa de Moya, y por su casamiento de Villena, cuya alabastrina mano sujetaba la copa de oro, regalo anual de los Reyes, por tradición de su Casa. Luego la hermosura de la Condesa de Ureña, hija de los Duques de Alburquerque y otras muchas entre las que llamó mi atención una anciana, delgada y encorvada. Pregunté su nombre y no tardé en saber por las frases encomiásticas del paje, que tenía ante mis ojos la respetable figura de la viuda del Conquistador de Málaga, D.<sup>a</sup> Beatriz Galindo, una de las mujeres más grandes de su tiempo, digna amiga de la Reina Católica, que abandonaba su retiro del convento de la Latina de Madrid para acompañar á la heredera de su amada Soberana.

Mientras recordaba tantos nombres ilustres, habíamos subido sin sentir la larga cuesta, pasando por tantos vetustos edificios para los que no era desconocida tan arcaica concurrencia, sólo las inclemencias del tiempo ayudadas por la mano devastadora del hombre, habían convertido en ruinas el enorme Palacio ducal, luego Casa de Marrón, que hasta la cuesta llegaba; y otro remozado por moderna fachada, representaba la unión de dos familias de ilustre extirpe toledana, la de los Palazuelos y Cedillos. El pavimento reconocía también los pies que lo pisaban, y á la puerta del templo de Santo Tomé acudían los personajes de la famosa obra del Greco para recibir dignamente á la regia comitiva. Luego salía ésta, y retorciendo por la travesía inmediata, se detenía ante la amplia fachada de solariega mansión. Grandes balconadas de hierro engalanadas con flamencos paños, parecían esperar el regreso de ilustres moradores. En el anchuroso zaguán que se abría entre gruesas columnas rematadas por marmóreos leoncillos, buen contingente de escuderos con blasonadas dalmáticas, en que se destacaban los pasantes lobos de los Ayalas, se alineaban en compactas filas por la breve escalinata que separa el portalón del artístico patio, iluminando éste y aquél con potentes teas; y mientras mi vista se fija en el gótico herraje de un ventanal interior, el cortejo entra y asciende hasta el patio. Es éste amplio y rico cual corresponde á tan suntuoso Palacio; larga galería lo encuadra sobre gruesas columnas achaflanadas, alicatadas cenefas mudéjares lo recorren, dos grandes ventanas son modelo acabado de las obras de los artifices toledanos de origen árabe. Sobre un pavimento de baldosones y azulejos del mismo estilo susurra el agua de un pilón central, y en uno de los lados se ve el arranque de soberbia escalera de la época del César toledano. Suben por ella, silenciosamente, frailes y capellanes, pajes y costilleros, caballeros y damas; sus sombras se alejan, las luces se apagan. Quise seguirles y no pude....

El día clareaba, y vi la plaza de la Catedral y el banco de piedra en que estaba sentado, y modernos menestrales que circulaban ante el despertar de una ciudad de ahora. Vuelvo sobre mis pasos de la noche, llego al Palacio que alberga mis recuerdos, y su fachada carcomida sólo conserva incólumes los lobos labrados en piedra de los Ayalas. Llamo á la puerta y ya no acuden á ella los heraldos de la víspera, es una vieja de arracadas de aljófares y pañuelo de colores vivos la que me abre. Pregúntole quién habita el Palacio, y me responde que sólo ella, que cuida las ruinas por mandato de su amo, que no es otro que el Excmo. Sr. Duque de Frias. Pero añade: «este es el Palacio de Fuensalida, aquí murió la Emperatriz Isabel, mujer de Carlos V....» Llego hasta el patio, y sólo puedo contemplar la ruina; los ventanales mudéjares se desmoronan y en el suelo crece tranquila la yerba y los cardos. Salgo á la plaza y el sol envía sus rayos desde las arideces de la Sisa, las ruinas también del Monasterio en que el Emperador pasó los primeros días de su viudez....

¿Fué sueño ó realidad?... ¿Vino la Emperatriz á continuar la piadosa costumbre de la otra Isabel,



que lejos de su Patria llora las amarguras del destierro?...

No, es que mientras España sea España, siempre reinarán en ella las grandes figuras de la época de Carlos V.

El Conde de Casal.

Semana Santa de 1911.



### A las llagas de Nuestro

#### Señor Jesucristo.

Dejónos Cristo en el suelo estas llagas, porque adviertas que son otras tantas puertas por donde se gana el cielo.

De estas llagas soberanas manó el licor celestial, con la gran virtud del cual las nuestras quedaron sanas.

Damián de Vegas.



### Vere hic homo Filius Dei erat.

EN aquella tarde sombría en que toda la naturaleza consternada contemplaba con asombro el desgarrador espectáculo de la muerte de Jesucristo, cuando una calma absoluta, un silencio sepulcral había sucedido á la violenta conmoción de toda la naturaleza y al ensordecedor griterío de la turba deicida, un hombre, ajeno por completo á la ley de Moisés, cuyo pecho se hallaba curtido con el sol de cien combates, que se encontraba en aquel momento presidiendo el cumplimiento del mandato del presidente romano, tributa un homenaje solemne á la divinidad de aquel ajusticiado. El no tenía por qué temer á los judíos, á cuya raza despreciaba aun cuando, en aquel día memorable, se habían arrojado servilmente á los pies del mandatario romano, y asombrado ante los acontecimientos extraordinarios que se desarrollaban ante su vista, dando rienda suelta á su sentimiento, exclama: Verdaderamente que este hombre era hijo de Dios.

Esta palabra ha recorrido triunfante todas las generaciones, ha penetrado como suave melodía en los oídos de todos los mortales, y la humanidad ha venido á postrarse ante ese ajusticiado, besando con entusiasmo y abrazando con amor el patíbulo en donde entregó su espíritu al Padre.

Era más que un hombre, era verdaderamente Hijo de Dios aquel crucificado á quien toda la creación prestaba el homenaje de su dolor con su misterioso estremecimiento.

Era verdaderamente Hijo de Dios aquel hombre que lejos de ver apagado su poder y su influencia con su muerte, entonces la ejercía más augusta, más grande, atrayendo hacia sí á todas las criaturas, conmoviendo á la tierra por sus cimientos y venciendo al mundo, no con el ruido de las armas, no con el aparato de su majestad, sino con el convencimiento que han llevado á todas las almas su celestial doctrina y su muerte ignominiosa.

¿Qué hombre ha conmovido al universo como lo ha conmovido Jesucristo? Su preciosa sangre derramada sobre la cima del Calvario ha regenerado á la humanidad, la ha hecho penetrar por los senderos del

deber, y ha enseñado á los hombres que la verdadera libertad, la verdadera igualdad y la verdadera fraternidad, recibieron su sanción solemne con la muerte de Jesucristo; que la persona humana se halla muy por encima de las condiciones sociales en que vive; que el hombre, ya sea pobre ya sea pecador, ha recibido la existencia de Dios; ha sido redimido con la sangre de Jesucristo, la cual, cayendo sobre su corazón, le ha regenerado, haciendo de toda la humanidad una gran familia de verdaderos hermanos.

*Omnes enim fratres estis*, todos sois hermanos, fueron las palabras sublimes pronunciadas por Jesucristo y que hicieron saltar á la tierra, admirada ante la osadía de aquel hombre que pretendía con sus enseñanzas oponerse á un estado de cosas ya establecido y consagrado por la antigüedad: mas Jesucristo no miraba su perfeccionamiento; pretendía la transformación de la sociedad desde un punto de vista más elevado que las pasiones humanas, y por esto, sin atender á las preocupaciones de su época, como maestro universal, sobre la cima de una montaña, levanta su augusta voz, pronuncia palabras de vida eterna, que llevaron á las almas arrullos de paz y de tranquilidad, transformando por completo al mundo.

Sobre esa montaña misteriosa se echaron los cimientos de la verdadera democracia, de la democracia cristiana, en contra del espíritu egoísta, de privilegio, de ennoblecimiento y de absorción que reinaba en el universo; y sobre otra montaña, recibieron su sanción, rubricada con la sangre del mismo que la había enseñado, y el cual moría para redimir al mundo.

Vosotros, los que creéis y los que no creéis, dirigid vuestra mirada á la víctima del Calvario y os veréis precisados, obligados, á hacer la misma confesión que el Centurión; y aun cuando os parezca que todos los hombres persiguen á Jesucristo; aun cuando veáis avanzar con arrogante continente á la impiedad, no temáis; pues sobre las cenizas de todos los pueblos, sobre los despojos de las grandes hecatombes, flotará siempre victoriosa la Cruz del Redentor, orlada con las palabras del Centurión: *Verdaderamente que este hombre era el Hijo de Dios.*

Fr. Eugenio Gago.

O. M.

Quintana y Abril de 1911.



### Una cuartilla.

Pasaron ¡ay! mis días de ventura,—ya concluyó mi plácida ilusión:—pasaron, sí, dejándome tan sólo—inundado de pena el corazón.

Recibe ¡oh Dios! mi llanto y mi tormento;—en oblación te ofrezco mi dolor,—por lo que has hecho con la Virgen Pura,—con la Madre querida del amor.

Tú la arrancaste de tu lado amante—para llenarle de eternal placer;—y le diste tu bienaventuranza—y á mí, Señor, acerbo padecer.

Pero esta angustia que mi pecho siente,—este inmenso dolor, este pesar,—te lo ofrece resignada el alma—cuando espera en tu mansión gozar.

Sebastián de Luque.

### Documento.

La *Difesa*, de Veneza, ha publicado en fines del pasado año el documento que reproducimos, y que se conserva en Roma, y fué traído de Tierra Santa por el Misionero P. Ricardo Dotti. Dice así:

«*Carta de Publio Lentulo, Gobernador de Judea (antes de Pilatos), en la cual se describen los hechos de Jesucristo al Emperador de Roma, traducido del latín original que se conserva por el Sr. Cesarini de Roma.*»

He oído, ¡oh César!, que deseas saber lo que ahora te narro, y es que un hombre de gran virtud que al presente vive, llamado Jesucristo, á quien las gentes llaman Profeta, y sus Discípulos lo tienen por Divino y dicen que es Hijo de Dios, Creador del cielo y la tierra y de cuanto existe.

En verdad, ¡oh César!, todos los días se oyen cosas maravillosas de este Cristo: resucita los muertos, sana los enfermos con una sola palabra. Hombre de buena estatura y de hermoso aspecto, tiene tanta majestad en su rostro que quien lo mira se ve forzado á temerle y amarle. Tiene cabellos castaños, que, partidos en su frente, caen sobre su espalda.

Correctas son sus facciones; la barba espesa, del color del cabello, no muy larga y partida en el centro. Su mirar es grave y severo; sus ojos son como rayos de sol, y nadie lo mira sin deslumbrarse; cuando habla, asombra; cuando reprende, llora; se hace querer y es gravemente complaciente. Dicen que no se le vió reír y sí llorar.

Tiene hermosos brazos y manos; en su conversación encanta, pero no se prodiga; y cuando se le encuentra es muy modesto en su porte, y el más hermoso varón que pueda verse ó imaginarse, enteramente parecido á su madre, que es la más hermosa mujer que se ha visto por estas tierras.

Pero si tu Majestad, ¡oh César!, desea verlo, como me escribiste en el último mensaje, házmelo saber, que no dejaré, inmediatamente, de cumplir tus órdenes. Su ilustración asombra á toda Jerusalén. Sin haber nunca estudiado posee todas las ciencias.

Va descalzo y con la cabeza descubierta; muchos se rien de él, pero en su presencia se estremecen y enmudecen. Dicen que jamás se vió por estos lugares hombre igual. En verdad, según me dicen los hebreos, no se ha oído decir nunca tales cosas, ni doctrina tan sublime como enseña este Cristo, y muchos judíos lo tienen por Divino, y lo creen; y otros muchos se me quejan y le acusan de atacar tu Majestad, ¡oh César!

Estoy perplejo con las preguntas de los malignos hebreos. Se dice que á nadie hizo mal, y si bien; y todos los que le conocen, que han recurrido á él, recibieron beneficios y salud.

Por tanto, á tu Majestad, ¡oh César!, á tu obediencia estoy prontísimo; cuanto mandes se hará. Adíós.

De tu Majestad fidelísimo y obedientísimo,

Publio Lentulo.

Gobernador de Judea.

En Jerusalén. Colección séptima, Luna octava.

## En la Catedral.

### Horas de los Divinos Oficios.

El martes Santo se canta la Pasión, á las nueve y media, en la misma forma que el Domingo de Ramos.

El miércoles Santo, la Pasión á las nueve y cuarenta y cinco. Por la tarde los Oficios á las cuatro y media, y por la noche, á las siete, el *Miserere*.

El Jueves Santo, Horas menores á las ocho y media. Consagración de Santos Oleos á las nueve. Misa á gran orquesta y traslación del Santísimo al Monumento pequeño colocado en la Capilla del Sagrario. Por la tarde, Mandato del Capitulo á las dos y media, Lavatorio de los pobres á las tres, y después el Sermón de Mandato, á cargo del Canónigo D. Timoteo Celada. A las siete el *Miserere*, como el día anterior.

El Viernes Santo, Horas á las ocho y media. Oficios á las nueve, con Sermón de Pasión que predicará el Canónigo Sr. Esténaga. Por la tarde, á las dos en punto, el Sermón de las Tres Horas por el Canónigo Magistral Sr. Frutos Valiente.

Sábado Santo, Oficios á las ocho, bendición de la pila y la Misa de Gloria, en la que se sacan los corderos.

La capilla de música de esta Catedral, notablemente reforzada con valiosos profesores de Madrid, ejecutará en los Oficios del Miércoles y Jueves Santo las *Lamentaciones* de Eslava y el tradicional *Miserere* de Ciriaco Jiménez Hugalde.

En los Oficios del Viernes Santo la *Lamentación* primera será de José María Nanini (siglo XVI), la segunda *Lamentación* de Tomás L. de Victoria (siglo XVI), y el *Miserere* de César Dobici.

El Domingo de Resurrección se interpretará la Misa en *mi b* de Eslava, con la *Sequentia* de Francisco Gutiérrez.

Además de los ornamentos de estos días, que son de gran mérito é inestimable valor artístico, se usan joyas de grandísima riqueza, como son: El Cáliz de Fonseca y el de Mendoza, de riquísimos esmaltes; niñuela de esmeraldas; el Copón para la Comunión de los Sacerdotes; el lavabo para el Sr. Cardenal; la manga, de plata repujada; las ánforas para los Santos oleos; la piedra del Santo Sepulcro, engastada en rico marco de piedras preciosas; el palio y las varas, de plata repujada; las cuatro partes del mundo; la Cruz y cajetín con el Santísimo *Lignum Crucis*, y otras que sería largo enumerar.

## Las Procesiones.

### La del Jueves.

Saldrá de la Iglesia de Santa María Magdalena á las cinco de la tarde, recorriendo el siguiente itinerario: Plaza de la Magdalena, Barrio Rey, Zocodover, Comercio, Belén, Plata, San Vicente, Jardines, Libertad, Plaza de Amador de los Ríos (antes Postes), Nuncio Viejo, Arco de Palacio, Plaza de Ayuntamiento, Puerta Llana, Catedral, Llana y Ayuntamiento, Arco de Palacio, Hombre de Palo, Comercio, Solarejo, Plaza de Trastámara á la Iglesia.

La forman:

- I. *Manga con Cruz Parroquial*.—Siglo XVI.
- II. *Pendón* morado y ricamente bordado—tela soledana—del siglo XVI, acompañado de *portacinos* con *capuces*.
- III. *La Cena*.—Paso del siglo XVIII: trece esculturas.
- IV. *La Oración del Huerto*.—Grupo del siglo XVIII: dos esculturas.
- V. *La Calle de la Amargura y la Verónica*.—Paso asimismo de principios del siglo XVIII: cinco esculturas.

VI. *La Crucifixión*.—Paso de la antedicha centuria: cuatro esculturas.

VII. *El Calvario*.—Grupo del siglo XVI: tres esculturas.

VIII. *El Santísimo Cristo de las Aguas*.—Aparecido en el río Tajo, en Toledo, en el siglo XVI; escultura de color cobrizo y suprema expresión de dolor.

Todas las figuras que componen los pasos tienen la maña natural.

IX. *El Santo Lignum Crucis*.—Reliquia veneranda donada por el Pontífice San Gregorio el Magno al Rey católico Recaredo después de abjurar éste el arrianismo en el Concilio tercero de Toledo en el año 589.

El relicario de plata que la contiene es del siglo XVI.

Se lleva en hombros por Sacerdotes revestidos de sobrepelliz.

X. *Preste y asistencias*.

XI. *Teniente de Alcalde y Congregantes*.

XII. *Banda de música*.

### La del Viernes.

La Procesión de este día, llamada del *Santo Entierro*, saldrá á las cuatro y media de la tarde de



La Procesión en el siglo XIV.

la Parroquia Muzárabe de Santas Justa y Rufina, exhibiéndose los siguientes pasos:

*Jesús Nazareno*; hermosa escultura y de gran valor.

*Jesús en la Cruz y María y San Juan al pie de la misma*; obsérvanse en este paso importantes detalles de arte.

*El Descendimiento*, del siglo XVIII.

*Nuestra Señora de las Angustias con Jesús en sus brazos*, del siglo XVII.

*El Santo Sepulcro*, del siglo XIX.

*Nuestra Señora de la Soledad*, cuya Imagen es admirada de propios y extraños por el agradable efecto artístico que produce.

En esta Procesión, como es sabido, se exhiben también gran número de antiquísimas armaduras, titulando el pueblo á los que las llevan *armados*.

Tanto el elemento militar como el civil se ven representados por numerosas Comisiones, y el Ayuntamiento asimismo asiste bajo Mazas.

El itinerario que seguirá es el siguiente:

Calle de la Plata, San Vicente, Jardines, Nuncio Viejo, Catedral, Ayuntamiento, Palacio, Hombre de Palo, Comercio, Zocodover, Sillería, Refugio, San Vicente, Plata á la Parroquia.

## Sección Religiosa.

### Iglesia de Padres de la Compañía.

Los Oficios del Jueves y Viernes Santo serán á las ocho de la mañana.

En la tarde del viernes, al toque de Oraciones, se rezará la Corona Dolorosa, y á continuación el Sermón, predicado por el R. P. Sinforiano Fernández.

El sábado, á las cinco de la tarde, Corona Dolorosa y Sermón, éste á cargo de D. Francisco Frutos Valiente; después Coronación de la Imagen de Nuestra Señora, Procesión y *Regina Cæli*.

### Parroquia de San Nicolás.

El Viernes Santo, á las siete y media de la tarde, Sermón de Soledad, predicado por D. Francisco Frutos Valiente.

### Colegio de Doncellas.

El jueves, á las nueve de la mañana, los Oficios; á las ocho de la noche, Sermón de Pasión, á cargo de D. Ramón Molina.

El viernes, á las ocho, los Oficios, y por la tarde, á las siete, Sermón de Soledad, predicado por dicho Sr. Molina.

El sábado, á las siete, los Oficios.

### Oratorio de San Felipe Neri.

El miércoles se hará el Ejercicio del Santo Vía Crucis al toque de Oraciones.

El Viernes Santo será luego que termine el Sermón de las *Tres Horas* de la Catedral.

### Iglesia de Santo Tomás.

Los Oficios serán: á las nueve el jueves, á las ocho el viernes y á las siete el sábado.

En este último día, al toque de Oraciones, se rezará el Santo Rosario y se cantará la Salve.

El domingo de Resurrección, á las diez de la mañana, tendrá lugar la tradicional función religiosa que la Asociación de señoras consagra á su amantísima Madre Nuestra Señora del Monte-Sión, cantando sus virtudes el elocuente orador D. Agustín Rodríguez, Profesor de la Universidad Pontificia.

### Iglesia de El Salvador.

El Jueves y Viernes Santo serán los Oficios á las ocho y á las siete de la mañana, respectivamente.

### Parroquia Muzárabe de Santa Justa.

El viernes, después de la Procesión, se dirá el Sermón de Soledad, á cargo del R. P. Francisco Javier Alcalá.

### Convento de San Antonio.

El jueves, á las nueve y media, los Oficios, y el viernes y sábado se harán á las seis y media.

### Cuarenta Horas.

Días 16 y 17, Parroquia de Santiago, y 18, Parroquia de San Justo.

### Parroquia de Santa Leocadia.

El lunes 17 dará principio el solemne Novenario á Nuestra Señora de la Salud.

El martes 18 se sacará procesionalmente á Nuestra Señora por la carrera de costumbre.

### Santa Iglesia Catedral.

El lunes 17, en la Misa Mayor, sermón á cargo de D. Francisco Frutos Valiente, Canónigo Magistral.



## Toledo y sus monumentos.

No para los toledanos, que sobradamente conocen esta hermosa ciudad, emporio de arte, sino para aquéllos que, atraídos por la riqueza y magnificencia de las procesiones y solemnidades religiosas que se celebran en Toledo durante esta Semana de Pasión, escribimos estas cuartillas, en las que procuraremos hacer una rápida descripción de los monumentos más notables y dignos de ser visitados, reseñando lo más interesante de cada uno de ellos.

Empezaremos por

### La Catedral.

Esta hermosísima joya del arte germano, que puede figurar muy dignamente al lado de las maravillas del mundo, comenzó á ser edificada en el siglo XIII, colocando la primera piedra el Rey D. Fernando III, el Santo, el día 11 de Agosto de 1227, siendo á la sazón Arzobispo de Toledo D. Rodrigo Jiménez de Rada. Quedaron terminadas las obras en Enero de 1493, siendo Arzobispo de Toledo el Cardenal González de Mendoza, habiéndose tardado en la construcción de tan soberbia obra, doscientos sesenta y seis años.

Está constituida por cinco naves que, cortándose unas á otras, forman un grandioso crucero, siendo su extensión de ciento trece metros de longitud, cincuenta y siete de latitud y cuarenta y cinco de altura. Las vidrieras policromas de los vastísimos ventanales son obras de los mejores artistas de los siglos XV y XVI y su mérito es extraordinario.

La Catedral tiene ocho puertas, de entre las cuales las más notables, por su valor artístico y por su estilo arquitectónico, son la del Perdón, la del Mollete, la de la Feria y la de los Leones.

La puerta del Perdón es, sin género alguno de duda, la más rica y artística de todas, siendo de lamentar que la falta de espacio nos impida hacer una descripción detenida de ella. Está situada en la fachada principal, frente al Ayuntamiento, y puede decirse, sin exageración alguna, que cada uno de sus detalles es una arrogancia de inspiración y arte.

La puerta del Mollete, así llamada por las limosnas de pan que en ella repartía diariamente el Cabildo Catedral, dá acceso al claustro bajo, donde se hallan las puertas de la Presentación y de Santa Catalina, que son asimismo dignas de detenido estudio.

La de la Feria, también llamada del Reloj y de la Chapinería, es obra del siglo XIV y fué mandada construir por el Cardenal Tenorio. Muy artística y valiosa es la labor de esta portada, ante la cual se extasian los enamorados de las bellezas arquitectónicas. Las puertas, admirablemente talladas en madera por Raimundo Chapuz, en el siglo XVIII, están vaciadas en bronce por Antonio Turreño y Juan Antonio Domínguez, en 1713 y 1715, respectivamente.

La portada de los Leones no es, ni con mucho, comparable á las anteriores. Perteneció al siglo XV y se debe á Anequin Egas, de Bruselas. También las puertas están talladas en madera y chapadas de bronce al exterior.

Imposible describir siquiera rápidamente

te el interior del magnífico templo, en el que los menores detalles son dechado de arte y el conjunto es de una grandiosidad verdaderamente sublime.

El coro, del siglo XVI, ocupa el centro de la Catedral, y en él son de admirar, además de los relieves, medallones y adornos de su parte externa, su hermosa sillería alta, obra de Berruguete y de Felipe de Borgoña, que en ella pudieron muy bien inmortalizar sus nombres de artistas y perpetuar su fama. La sillería baja, también hermosísima, es obra de Maestre Rodrigo, en el año de 1495.

Frente al coro, ocupando el Este de la nave central, está la Capilla Mayor, de cuyas bellezas y primores es imposible hablar con la excesiva brevedad á que la falta de espacio nos condena. Es de tiempo del Cardenal Cisneros, en el siglo XVI.

De entre todas las capillas de la Catedral, aparte la dificultad de señalar siquiera el mérito artístico de cada una de ellas, merecen citarse las de Santiago, San Ildefonso, Reyes Nuevos, Sagrario, Santa Leocadia, San Juan Bautista, San Eugenio y otras varias, cuya sola enumeración requeriría espacio grandísimo. El Ochavo, el Joyero, la Sacristía y otras varias dependencias de la Catedral, merecen ser detenidamente visitadas y estudiadas.

### Salón de Mesa.

Perteneció á la Casa de Mesa, en la cual instaló el Cardenal Silíceo el Colegio de Doncellas. El salón es de hermosísimo estilo mudéjar, cuyo precioso friso y valiosísimo artesonado admiran á los inteligentes.

### San Juan de los Reyes.

El magnífico edificio mandado edificar por los Reyes Católicos para conmemorar la batalla de Toro, es también una joya soberbia del arte ojival. Ante él, el alma se eleva á Dios y le adora; que tan grande es el poder de la inspiración en que bebieron los artistas que trazaron su planta y construyeron tan notable obra.

El claustro bajo, de estilo gótico florido, es la admiración de cuantos lo visitan y hace pensar en la apacible serenidad de espíritu de quienes se apartan del torbellino mundanal y sólo á adorar á Dios dedican su existencia. Está formado por multitud de bóvedas sostenidas por arcos que se apoyan sobre fuertes pilares, formando artísticos ventanales. En su interior existen infinidad de estatuas, cobijadas por bellísimos doseles.

La Iglesia es de sorprendente y majestuosa belleza, siendo sus bajo-relieves y esculturas incomparables por su belleza y ejecución maravillosa.

### Puente de San Martín.

Notable es esta obra militar del siglo XVI. Tiene cinco arcos y otro muy grande, que es el central, con una anchura de cuarenta metros y con una altura de veintisiete. A sus extremos tiene dos fuertes torreones, en los que curiosas inscripciones y pequeñas estatuas aluden á la historia de su construcción y obras posteriores.

### Puerta del Cambrón.

Es también del siglo XVI y toma su nombre de las muchas cambroneras que

hubo en sus proximidades. Está constituida por un cuadrado hecho de sillería y ladrillo, terminado por cuatro torreones. En su fachada principal tiene un escudo de España á cuyos lados hay dos Reyes de armas y varias hornacinas que actualmente no contienen estatua alguna.

A la salida de esta puerta se encuentran las estatuas de los Reyes godos Sisenando y Sisebuto.

### El Cristo de la Vega.

Este templo, que se llamó antiguamente Basilica de Santa Leocadia, es de los que más recuerdos históricos despiertan. En él se han celebrado varios Concilios.

El Cristo que hay en el Altar Mayor es imagen que inspira gran devoción. Tiene caído el brazo derecho y en él se inspiró el excelente poeta Zorrilla para escribir su hermosa leyenda «A buen juez mejor testigo».

### Puertas de Visagra.

Dos son las puertas que llevan este nombre. La vieja ó antigua, que data de principios del siglo IX, por la cual hizo su entrada en Toledo el Rey Alfonso VI el 25 de Mayo de 1085.

La nueva ó moderna es de tiempo del Emperador Carlos V, y está constituida por dos cuerpos independientes, que al ser unidos por dos muros almenados, forman un extenso patio. Los escudos y estatuas de esta puerta son dignos de estudio detenido.

### La puerta del Sol.

Es construcción musulmana, compuesta de tres cuerpos unidos: dos torreones, uno cuadrado y el otro semicircular, y el cuerpo central almenado y más bajo. Recomendamos una visita detenida á esta puerta.

### Santa Cruz.

Fué fundado por el Cardenal Mendoza, y se terminó su construcción en 1514. Se instituyó para hospital de niños expósitos y abandonados.

Es uno de los primeros edificios de gusto plateresco que se construyeron en España y su magnífica portada es una de las joyas más estimadas de dicho género arquitectónico. Los pilares y artesonados de su interior, así como las labores de sus muros y los arcos de su hermoso patio, son dignos de estudio y admiración.

### El Alcázar.

Es obra ejecutada por orden de Carlos V, por más que anteriormente existió en el mismo sitio un palacio ó castillo. Se terminó en época de Felipe II. En él está instalada la Academia de Infantería.

La estatua del Emperador Carlos V que ocupa el centro del soberbio patio es una buena obra de arte.

### La Cárcel de la Hermandad.

Hoy, por inexplicables desidias y abandonos inexplicables, está convertido en posada este edificio, que se construyó para la Santa Hermandad.

En su fachada aparece un hermoso escudo de los Reyes Católicos y las armas de la Hermandad.